

UNA ESPERANZA

enraizada en prácticas y vivencias



Hace unos meses, el centro de estudios Cristianisme i Justícia publicó el cuaderno del teólogo Javier Vitoria titulado *Dar razón de la esperanza en tiempos de incertidumbre*. Sus reflexiones nos ayudan a recordar que la Doctrina Social de la Iglesia tiene sentido en la medida que sea faro en un tiempo en el que, como él mismo dice: «La idea del futuro como promesa de una vida viable y digna, o de una vida con derechos para todos los seres humanos está amortizada». En una referencia al filósofo Innerarity se pregunta si «razonablemente podemos esperar el futuro como promesa de una sociedad mundial equilibrada y justa, de un medio ambiente sano y de un sistema de protección sostenible para todos» o

si «hemos de esperarlo como amenaza de mayores desequilibrios sociales e injusticias, de la irreversibilidad de la crisis ecológica global y de un sistema de protección exclusivo para ricos».

Para Vitoria, «el cristianismo debe dar razón de su esperanza a quien se lo pida, sea cuales sean las circunstancias históricas y el estado de ánimo con el que culturalmente afronte su futuro», sabiendo que «la esperanza cristiana no nos convierte en videntes del futuro ni nos da ventajas para salir del atolladero [...] Esta mirada esperanzada no está fundada en ninguna utopía humana, sino en el cumplimiento de la Promesa de Dios». Porque, como nos dice, «la esperanza es un antídoto para

no ser vencidos de antemano por la incertidumbre y el catastrofismo».

Esta apelación que hace a la esperanza nos compromete de forma directa: «nuestra colaboración le resulta indispensable para enjugar lágrimas, mitigar sufrimientos y hacer realidad ese mundo nuevo que es la morada de Dios con los seres humanos». No se trata, por lo tanto, de mirar hacia arriba esperando que caiga algo o de dejar la mente en blanco ante un sagrario o en un templo, sino de no ser «ciegos y sordos a la llamada de Dios [...] que nos llega preferentemente a través del rostro de los pobres, de las víctimas de la injusticia», dice Vitoria.

Como bien señala el teólogo, «el Plan divino de Salvación necesita de nuestro concurso, pues Dios no ha previsto que pueda ser realizado al margen de nuestra libertad», una libertad que «suscita vida y libertad, solidaridad y liberación, fantasía creadora y proyectos utópicos de nueva humanidad».

Nada de esto es posible sin la referencia fundante de nuestra fe, Jesús de Nazaret, al que «mataron en un patíbulo ignominioso [...] por haber anunciado en nombre de Dios [...] la posibilidad de otro mundo», y cuya resurrección «no es la respuesta directa a la expectativa humana de la vida después de la muerte, sino la expectativa de la justicia divina para los que mueren antes de tiempo, como Jesús crucificado, víctimas de la injusticia, de la violencia, de la intolerancia y la indiferencia».

Para Javier Vitoria, «la recepción de la tradición de Jesús y esperar como él esperó, reclama hombres y mujeres alentados por la expectativa de una utopía sin contenido definido ni definitivo [...] capaz de alimentar una ética de la convicción que motiva una ética de la resistencia y la responsabilidad, y se deja acompañar en todo momento por la esperanza». «La esperanza del Resucitado nos permite tener ilusiones en las posibilidades de un mundo nuevo, fraterno y reconciliado», sin olvidar, como nos insiste, que «el cumplimiento de la promesa depende también de la colaboración humana». Con contundencia, Vitoria nos recuerda que «nuestra esperanza no depende de los datos de la realidad, es la realidad la que depende de nuestra esperanza», y que «el mensaje cristiano de la esperanza hace que los cristianos tengamos que oponernos no solo a los escépticos y a los despreocupados, sino también a los trágicamente resignados que se preocuparán mucho, pero que no hacen nada».

Como bien señala, la esperanza «es una responsabilidad que afecta primeramente a la Iglesia, a sus comunidades, organismos e instituciones, que no se sustancia principalmente en su capacidad de emitir doctrina, sino en el ejercicio de una ejemplaridad evangélica y mesiánica». Vitoria presenta la crudeza de nuestra realidad:



«Esta pretensión se topa con un catolicismo sociológico que, más allá de los discursos del magisterio y de los teólogos, no tiene rostro mesiánico». Finalizando de forma contundente: «Ni la promesa de Dios ni la esperanza están en crisis, está en crisis el sujeto que ha sido convocado para ser su portador: la Iglesia».

En este tiempo, en el que apelamos en tantas ocasiones, casi a la desesperada, a la trasmisión de la fe y al primer anuncio como semilla vocacional, quizá hemos de centrarnos más en vivir la esperanza como nos la presenta Vitoria, y en reconocer con dolor que hoy, la Iglesia, como institución, no es capaz de trasmitirla ni anunciarla. Y que el valor de su doctrina para el mundo de hoy, también la social, no se juega en los textos, en los discursos o estéticas renovadas sino en sus prácticas y vivencias evangélicas. Ahí es donde se anuncia y trasmite la semilla de la vocación y, por extensión, de la esperanza.